

*Algún  
día  
seremos  
leyenda*

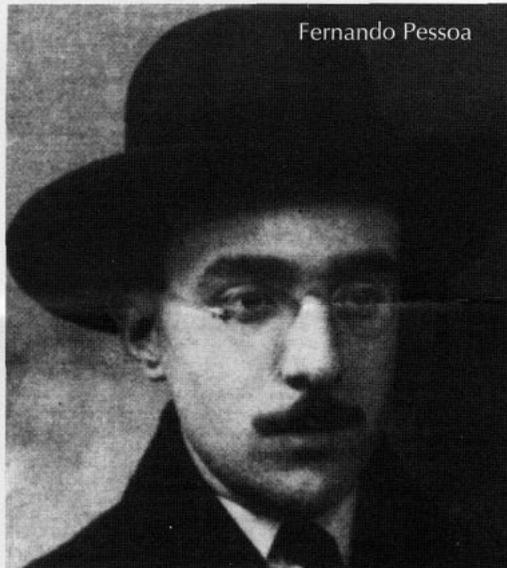
**¿Qué impulsa a un escritor a permanecer en las sombras del anonimato? Es posible que en tiempos de sobreexposición irracional, esta práctica explique más que una simple excentricidad. Quizás está en juego la sobrevivencia artística, o al menos, la perdurabilidad de la obra creada.**

**E**l 23 de Noviembre de 1981 el poeta Rodrigo Lira participó en ¿Cuánto vale el show?. Antes de recitar un fragmento de Otelo de Shakespeare, que sería el texto de su presentación, explicó al público la razón de no haber traído un poema suyo. “De alguna forma”, dijo Lira, “ya tengo algunas publicaciones y no puedo pasar como aficionado. En cambio como locutor, o como actor, o como artista de la voz, soy un completo autodidacta”. Considerado por sus pares como una de las promesas de la poesía chilena, y cuya obra en general permanecía inédita, Lira era un vanguardista, un tipo del underground criollo que a veces firmaba como Lira Destemplada. La manifiesta irreverencia de su vida y poesía no se relacionaba con una actuación cargada de una aparente solemnidad. ¿Cuánto vale el show? era la alegoría más simple e ingenua de la necesidad del televidente por convertirse en una estrella. ¿Qué pudo motivar a Lira a participar en ese programa?. Es posible que sólo quisiese ganar un poco de dinero, o hacer un acto de protesta por el “apagón cultural”, o reírse de la televisión en una performance que sólo podrían comprender sus amigos. O quizás todas esas cosas. Pero más allá, en lo profundo, quizás Lira también buscaba salir de su anonimato.

Cuesta creer en esta época que alguien pueda rehuir la fama. Por el contrario, la tentación más frecuente es dejarse llevar por la vorágine publicitaria y verse renombrado y citado hasta el hastío como en un salón de espejos. Casi todo el mundo quiere al menos sus 15 minutos legales de estrellato. Y no importa el oficio, todos esperan ser reconocidos. Jorge Teillier decía que los delincuentes y los poetas tenían un rasgo en común: a ambos les gustaba ver aparecer su foto en el periódico. Lo curioso es que Teillier era un marginal de los círculos literarios. Antes de morir, si bien su poesía era apreciada por un inmensa minoría, no era precisamente un autor que apareciera con frecuencia en la prensa. Y es que Teillier prefería quedarse en La Ligua o en un bar con sus amigos que vedettearse en los medios. Resulta casi inconcebible suponer que alguien tenga el "atrevimiento", el "desparpajo" de no firmar un texto o escudarse bajo un seudónimo. Porque ya no es un asunto de responsabilidad con el material (aunque es posible que uno quiera hacer daño con él) sino que muestra una peligrosa falta de ego. El exhibicionismo será una de las rúbricas de este siglo, y el que no quiera desnudarse será acusado de pagano y arrogante. Lo importante no es lo que se dice ni cómo se dice, sino quién lo dice. El anonimato genera desconfianza.

"Sencillamente no entiendo por qué se ha de crear tanto alboroto en torno a un escritor. Mi trabajo es importante, yo en sí no lo soy. Solamente soy un trabajador común y corriente". Así decía B. Traven en su Declaración de Independencia de la Publicidad Personal. Pero, ¿quién es Traven?. Nunca se supo con exactitud. Traven guardó tan celosamente su identidad que las conjeturas sobre él no han logrado ni siquiera despejar la inicial de su nombre de pila. Con idéntica incertidumbre se dice que nació en Chicago en 1890, o que nació en Schwiebus en 1882; que se llamaba Bruno, Berick, Otto Feige, Ret Maruth, Hal Croves; que fue actor de teatro, director de un diario anarquista, un ex-presidente mexicano o la brillante invención de un grupo de narradores de ese mismo país. Lo único que se sabe con certeza es que murió en Ciudad de México en 1969 y que sus novelas y cuentos muestran con una fuerza notable la vida del indígena y campesino mexicano. Acaso, como dice el mismo autor, ¿es necesario saber algo más?. Traven es de ese tipo de autores cuyo ostracismo ha creado tras de sí un mito. Leyenda grande o pequeña, premeditada por el mismo artista o fruto de un estrecho grupo de amigos o fanáticos. La razón de ese ocultamiento puede tener muchas formas y lecturas. Puede ser el miedo al fracaso, miedo a enfrentarse al desgaste de la derrota, a

probar el temple ante la página en blanco cuando lo que se ha escrito no ha encontrado eco. Miedo al triunfo, a la exigencia del éxito, a rendir cuentas después de hallar un público, a seguir manteniendo una producción, una calidad, un techo. Quizás sea el caso de Salinger. Supuestamente debido a una sobreexposición ante el éxito rotundo de su novela *El guardián en el centeno* o *El cazador oculto*, como se le conoce también en castellano, el narrador norteamericano se retiró de escena y vive desde hace más de cuarenta años en una pequeña granja de Estados Unidos. No ha vuelto a escribir y en sus antiguos libros, publicados en ascéticas ediciones, no figuran ni comentarios en su contratapa ni datos biográficos, todo a expresa petición del autor. Al mismo tiempo que desafía a sus lectores del futuro poniéndoles obstáculos (como si sus libros estuviesen proscritos), Salinger huye de esa cirugía mediática de flashes, preguntas necias y redundantes, la presión por la próxima entrega y el acecho de admiradores cautivos. Había logrado tal perfección en su novela que la lucha por superarla le rebasaba. Esa búsqueda perfeccionista puede llevar incluso a la esterilidad, como decía el profesor Hugo Montes a propósito de Eduardo Molina Ventura, un poeta que nunca publicó y que fue admirado, querido e idolatrado por una generación de escritores chilenos. Conocido como "el príncipe de los poetas" o el "petit Hemingway" (debido a su característica barba blanca), Molina Ventura era un conversador erudito, que hacía enfurecer a Vicente Huidobro no sólo por sus profundos conocimientos (sobretudo referidos a la cultura francesa), sino



Fernando Pessoa

porque relataba episodios de su vida adornados de fantasías. Según Enrique Lafourcade, Molina dejó sus talentos para la comunicación oral. Sin embargo, existe un sinfín de sus manuscritos repartidos entre sus amigos, la mayoría... con letra ininteligible. Muerto Molina quiere seguir oculto en la leyenda. En 1996 se publicó un pequeño libro con algunos de sus poemas (una traición, según Lafourcade). Su "traductor" confesaba que al margen de la letra, lo más difícil era distinguir cuáles versos eran suyos, ya que Molina gustaba mezclarlos con versos de sus poetas favoritos.

Pero también esta automarginación tiene otro sentido, y que nos lleva otra vez a Traven. Es la ambición de dejar al texto que se explique, que nadie trate de entender cómo nace, que nadie pueda resolver su misterio. Que las palabras hablen y el autor quede en el silencio. Lo cierto es que escribir es una forma de despojo, un abandono de la intimidad, un destape, una falta de pudor, un striptease emocional e intelectual.